

te de su abrasada caridad: *Cum dilexisset suos, qui erant in mundo, in finem dilexit eos.* (1) ¿Estais persuadidos del amor intensísimo de nuestro Redentor en toda su vida mortal, pero principalmente en la institucion de ese augustísimo Sacramento? Si lo estais, esto mismo ha de ser la regla que os ha de gobernar para una justa y christiana correspondencia. Esto mismo os deberá dar una idea del modo y de la disposicion con que debereis poner os en su presencia para tributarle las adoraciones que se le deben, conforme al Instituto de vuestra Congregacion, y es lo mismo de que voy á tratar brevemente en la segunda parte.

SEGUNDA PARTE.

SI he procurado daros una idea de la presencia real y verdadera de Jesuchristo sobre nuestros Altares; si he puesto á vuestra vista algunas de las pruebas del encendido amor que lo obligó á quedarse con nosotros hasta la consumacion de todos los siglos en ese adorable Sacramento; esto, Señores, no tanto ha sido para excitar

(1) Joan. 13. 1.

vuestra Fe, quanto para mover vuestra devocion; no tanto para que quedeis persuadidos de una verdad, que yo sé que está gravada altamente en vuestras almas, quanto para que comprehendais quales han de ser las disposiciones con que debéis venir á tributar en este santo Templo al Dios de la magestad el culto y las adoraciones que se le deben, y que son el principal objeto de vuestra Congregacion. Yo entiendo que lo que el Señor quiere de vosotros, lo que os pide el Instituto que abrazais desde este día, y lo que debéis practicar para llenar vuestras obligaciones, es venir á este santo Templo á hacerle compañía, á darle gracias por sus infinitas misericordias, á llorar y compungiros en su presencia de vuestros engaños y de vuestros desvarios, á reparar, en quanto podais y esté de vuestra parte, los agravios, los escarnios y los ultrages que se le hacen por los Infieles, por tantos obstinados Hereges, y, lo que es mas digno de compasion y lástima, por tantos hijos corrompidos y perversos, aun entre los Católicos, y finalmente, á desagraviarle de la indiferencia, de la frialdad y del olvido en que tal vez habeis vivido hasta ahora vosotros mismos, y en que viven tantos de ese inefable Sacramento. Sí Señores, esto es lo

que Dios quiere de vosotros, y este es el fin que se propone vuestra Congregacion. El fin no puede ser mas alto ni mas digno de la magestad de ese gran Dios. Venid pues á glorificar al Señor, á poner os en la presencia de su Tabernáculo, y adorarlo con el culto que se le debe: *Date Domino gloriam, venite in conspectu ejus, & adorate Dominum in decore sancto.*

Pero ¿como debemos estar en la presencia del Señor? ¿Como y con qué disposiciones le deberemos pagar el homenaje y el tributo de nuestras adoraciones? ¡Ah Señores! Si al poner os en la presencia del Señor, si quando vengais á postrar os al pie de ese Tabernáculo os acordais que este es un lugar que el mismo Dios ha escogido para su habitacion entre nosotros, con preferencia á todos los demas lugares del mundo; si os acordais que este Templo es un Cielo abreviado en que reside la magestad de Dios, no ya en sombras y figuras, como residia en el Templo de Salomon, sino real y verdaderamente; si os acordais que el Verbo eterno de Dios está presente en ese adorable Sacramento con tanta verdad, con tanta magestad y gloria como tiene sentado á la diestra de su Padre: esta memoria es capaz por sí sola para infundir en vuestras

almas todo el respeto y toda la devocion con que debeis estar en su presencia; esta sola memoria os hará comprender que lo debeis adorar en espíritu y verdad; que lo debeis adorar en espíritu, porque Dios es espíritu, (1) y que lo debeis adorar en verdad, porque es la misma verdad. No basta, ni le puede agradar el homenaje impostor de una piedad falsa y aparente, sino que le debeis tributar el homenaje puro y sincero de una piedad sólida y verdadera. No basta postrarse en la presencia del Señor y adorarlo con el cuerpo, si no lo adoran al mismo tiempo el corazon y la alma con todas sus potencias. Es preciso que quando se postra el cuerpo se humille el corazon; mientras se pronuncian oraciones con la boca, ha de producir afectos y sentimientos el corazon; mientras el cuerpo adora, debe sacrificar el corazon sus pasiones y sus vicios; porque si solo se postra, si solo adora, y si ora solo el hombre exterior, el culto que se dá á Dios de este modo es un culto vano y estéril, y todas las acciones de piedad que no se encaminan principalmente á establecer el Reyno de Dios en nuestras almas, son

(1) 1. Joan. 4. 24.

unas acciones hipócritas sin mérito y sin fruto, que distan infinitamente de las que nos pide el Señor, y de las que debemos tributarle quando lo adoramos al pie de sus Altares.

Porque ¿de qué servirá venir á este santo Templo, postrarse en la presencia de ese augustísimo Sacramento y pronunciar las mas santas, las mas sublimes oraciones, si el entendimiento y el corazon no tienen parte en ellas? ¿De qué servirá que suenen por el ayre nuestras voces, si no las acompaña la voz interior de nuestras almas? Dios seguramente no quiere que lo alabemos y lo honremos con un ruido vano de palabras; porque de nada puede servir para su gloria un homenaje puramente exterior, y en que no tiene parte alguna el corazon. Nosotros mismos no nos contentamos para creer que se nos ama con las protestas verbales que se nos hacen de un amor sincero, y esperamos á que se nos pruebe con las obras. ¿Y un Dios, que es esencialmente espíritu y verdad, se contentará con un aparato ostentoso de acciones de gracias y alabanzas que no salgan de nuestras bocas con mas alma, con mas espíritu que sale la voz de una campana? ¿Se contentará con que se postren, con que lo adoren nuestros cuerpos, es-

tando al mismo tiempo nuestros corazones ocupados del todo en pensamientos vanos de mundo? Ese gran Dios que, sin pararse en exterioridades, exâmina y conoce quanto pasa en los senos mas ocultos de nuestros corazones, (1) no puede pagarse de unas palabras ni de unas oraciones que ni él oye, ni oímos nosotros mismos, porque nos lo impide el tumulto que forman en nuestro interior otros pensamientos. Ese gran Dios que nada mas nos pide que nuestro corazon, (2) pero que nos lo pide todo entero, no se dará jamas por bien servido con una adoracion, con un culto que no salga de nuestro corazon como de su centro; y si le damos solo este culto hipócrita y exterior, se quejará de nosotros con mas razon que se quejó en otro tiempo de los Judios, echándoles en cara que lo honraban solo de palabra y no de corazon: *Populus hic labiis me honorat, cor autem eorum longe est à me.* (3)

Sí Señores, nuestro culto, nuestras adoraciones han de partir del corazon, han de salir de lo mas íntimo de nuestras almas, pero de un corazon puro, de unas almas adornadas con el ropage hermoso de la virtud, porque de otro modo nunca podrán agradar al Señor nuestras

(1) Psalm. 7. 18. (2) Proverb. 23. 26. (3) Matth. 15. 8.